

DON CARPENTER

[TERMINADA POR JONATHAN LETHEM]

Los viernes en Enrico's

TRADUCCIÓN DE JAVIER GUERRERO



Cuando Don Carpenter murió en 1995, dejó tras de sí obras como *Dura la lluvia que cae* o *A Couple of Comedians*, considerada por Norman Mailer como la mejor novela jamás escrita sobre Hollywood. De manera inesperada, casi diez años después de su muerte, apareció entre sus archivos el manuscrito de *Los viernes en Enrico's*, una magnífica novela que abarca aproximadamente veinte años en la vida de cuatro escritores en el San Francisco y el Portland de los cincuenta y los sesenta, en plena efervescencia del delirio de los poetas beat. Los herederos de Carpenter le pidieron al escritor Jonathan Lethem que ordenara y editara el manuscrito y, para su beneplácito, Lethem se topó con una obra maestra.

Los viernes en Enrico's disecciona con rotunda sobriedad las ambiciones literarias y las aspiraciones a la fama y al dinero de un heterogéneo grupo de amigos. Carpenter presenta una maravillosa e inolvidable galería de personajes, varado cada cual en su particular atolladero de traumas y esperanzas: Dick Dubonet y Charlie Monel, empeñados en materializar el potencial que muestran desde muy jóvenes; Jaime Froward y Stan Winger, que se abren paso de manera más lenta, pero también más determinada, como si su tesón tuviera que forjar y conquistar un destino que pareciera que nunca terminarían de hacer suyo; y Linda, la presencia eléctrica que galvaniza al resto, musa de los beat y femme fatale en la que convergen el deseo y las frustraciones de los protagonistas. La losa de ser una eterna promesa, la tentación de venderse a Hollywood, los celos profesionales, los éxitos fulgurantes y pasajeros, las drogas, el alcohol, el sexo, la interminable carrera de fondo que supone la escritura y el desgaste emocional y vital que ello conlleva: Carpenter construye con absoluta maestría y pulso narrativo unas historias agrídulces, que resuenan hondamente

en el silencio admirado que sigue a la lectura de esta novela.

PRIMERA PARTE
JAIME Y CHARLIE

1

Jaime y Charlie se casaron en una capilla de madera de South Lake Tahoe la noche antes de sus últimos exámenes finales. De vuelta a San Francisco al día siguiente, bebiendo Miller en botella para aplacar la resaca, Charlie llegó a la conclusión de que la facultad era un fraude, y aunque sólo le faltaba un final para obtener su licenciatura, un final fácil, por nada del mundo iba a presentarse al maldito examen. Charlie no conducía. No tenía fuerzas. Jaime iba muy tiesa y con la nariz levantada, pero, con su poco más de metro y medio, apenas veía por encima del volante. Ocultaba los ojos azules inyectados en sangre tras unas gafas oscuras, y el viento caliente levantaba su cabello rubio, casi blanco. Tenía diecinueve años.

—No voy a hacer ese maldito final —dijo Charlie.

Ya tenía bien calada la facultad. Se dio cuenta con desilusión resacosa de que habría aprovechado mejor el tiempo quedándose tirado leyendo. Le explicó esto a su nueva esposa mientras recorrían la llanura recalentada del valle de Sacramento.

—O simplemente podría dar un volantazo y meterme en el carril contrario —dijo ella cuando él terminó.

Charlie hurgó en la guantera, buscando algo que le calmara el dolor. Con la cerveza no bastaba. Encontró un Alka-Seltzer en un envoltorio de papel de aluminio medio roto. Eso lo ayudaría, si es que encontraba una forma de tragárselo. Pensó en desmenuzarlo y echar los fragmentos en su botella de cerveza. Pensó en ponerse la pastilla en la len-

gua y dar un trago largo. Pensó en «Grace» de James Joyce y sonrió.

—¿Hablas en serio? —le preguntó Jaime.

—¿De qué?

Jaime lo amaba, pero en muchos sentidos Charlie era un niño grande. Tenía la sonrisa más bonita que ella había visto nunca, amplia, anodina, fácil, la sonrisa de un hombre que había visto mucho en la vida y disfrutaba de lo que veía. Charlie era uno de los veteranos de la guerra de Corea que asistían a la facultad. Estaba escribiendo una novela larga sobre sus experiencias en la guerra. Era autodidacta pero brillante, y todos pensaban que, del grupo, Charlie era el que tenía más probabilidades de hacerse famoso. Aunque nada de eso le importaba a Jaime. Ella sabía que era mejor escritora que Charlie, pero no había vivido tanto como él. Habían encajado de manera natural. Charlie se sentó detrás de ella en la clase de literatura de Walter Van Tilburg Clark. Para Jaime era el primer día de clase en la Universidad Estatal de San Francisco y estaba nerviosa. Walter Clark, un hombretón que llevaba una camiseta gruesa, vieja y descolorida en lugar del habitual traje y corbata, estaba explicando a los treinta estudiantes que tenía delante qué libros iban a leer. Jaime estaba tratando de tomar apuntes, pero percibió un aliento a alcohol a su espalda, y por alguna razón eso la irritó. Se volvió para fulminar a Charlie con la mirada.

—¿Podrías no suspirar tan alto? —se oyó decirle a ese hombre sonriente de unos treinta años.

—Lo siento —dijo él.

Su voz era profunda y transmitía emoción. Jaime no pudo evitar fijarse en el cuaderno de papel amarillo de formato grande en el cual él estaba dibujando caricaturas de mujeres desnudas. Alzó una ceja para hacerle saber lo que pensaba de sus cualidades artísticas y continuó tomando apuntes. Después de clase, cuando estaba saliendo del edificio de Humanidades y Ciencias Sociales al pequeño

patio que daba a la Decimonovena Avenida, Charlie la alcanzó. Iba vestido con una chaqueta militar vieja, tejanos y botas de motociclista sucias. La Estatal de San Francisco era muy informal en 1959. La mayoría de los estudiantes trabajaban a tiempo parcial o incluso a jornada completa y muchos de ellos eran veteranos, pero Charlie parecía un auténtico vagabundo. Llevaba el pelo castaño oscuro demasiado largo y casi sin peinar, pero cuando se dirigió a ella con su voz profunda y amistosa, Jaime sintió algo.

—¿Has leído alguno de éstos?

Justo en ese momento salieron a la luz del sol y, sin razón aparente, Jaime olvidó su soledad y se sintió maravillosamente.

—¿Te refieres a *Moby Dick*? ¿A si he leído *Moby Dick*?

—Sí, y los otros. ¿*Pasajero a la India*? ¿Lo has leído?

Jaime dejó de caminar y se volvió hacia él, sujetando los libros pegados al pecho. Charlie le sonrió desde arriba como si fuera un perro viejo y amistoso. Ella estaba a punto de corregirlo cuando comprendió que le estaba tomando el pelo. No sabía por qué eso la excitaba. Rio, se sentaron en uno de los bancos de cemento del patio y compartieron el último cigarrillo que le quedaba a Jaime. Su clase con Clark era la última del día para ambos los martes y los jueves por la tarde. Empezaron a verse antes de clase, en el patio. Al cabo de unas semanas de sentarse juntos a hablar, Jaime se dio cuenta de que Charlie no sabía su nombre. La llamaba «nena», pero probablemente llamaba así a la mayoría de las mujeres.

—Me llamo Jaime Froward —dijo ella un día, justo al entrar en clase. Se lo deletreó.

—Estupendo —dijo él—. Yo soy Charlie Monel. —Tendió la mano y estrechó la de Jaime con afecto.

Jaime no sabía si le estaba tomando el pelo o no. Charlie nunca participaba en clase, nunca hablaba, se limitaba a quedarse sentado con la cabeza inclinada, dibujando en su cuaderno. A medio trimestre, Jaime no tenía ni idea de si él

estaba prestando atención o no. El parcial consistió en una sola pregunta de ensayo, el tipo de examen más difícil de todos. Jaime eligió escribir sobre *La muerte llama al arzobispo*, y llenó tres libretas de examen con su caligrafía precisa. Había sudado en abundancia mientras escribía, lo cual era buena señal. Cuando terminó, se volvió para ver a Charlie doblado sobre su libreta azul, garabateando, con la cara a un dedo del papel y agarrando el lápiz con torpeza. Parecía estar escribiendo con furia. Sonó el timbre. Jaime entregó su examen y salió del aula. Charlie y un par más continuaban escribiendo. Ella salió al patio y se sentó. Encendió un Pell Mell, como a ella le gustaba llamarlos, y esperó. Charlie salió al cabo de treinta minutos, con rostro inexpresivo y el pelo desordenado. Sonrió a Jaime y se sentó.

—¿Tienes un cigarrillo?

Jaime le pasó el paquete.

—¿Sobre qué has escrito? —preguntó ella.

—*Moldy Dick* —dijo él—. Es mi libro favorito.

Cuando les devolvieron los exámenes parciales, Jaime se enfureció al descubrir que sólo había sacado un notable alto. Charlie había sacado un sobresaliente y se había ganado una columna llena de comentarios de Clark con su letra minúscula en lápiz azul. Lo único que Clark había escrito en la libreta de Jaime era: «Una buena crítica de Cather».

—¿Puedo leer tu trabajo? —le preguntó a Charlie.

Sabía que estaba colorada de rabia. En Drew, ella había sido la mejor estudiante de literatura que habían tenido nunca, o eso le habían dicho.

Se sentaron en el banco y cada uno cogió el examen parcial del otro. El de Charlie costaba leerlo. Tenía una caligrafía torpe, como si hubiera aprendido a escribir por su cuenta. Sin embargo, una vez que entendió la letra, Jaime leyó el trabajo con fascinación y cierta envidia. Concluyó que el estilo de Charlie era exuberante y sus ideas, agudas. Aunque también era muy burdo. Cuando terminó, Charlie

todavía seguía concentrado en el trabajo de ella. Movía los labios al leer, algo de lo que Jaime siempre se había burlado, pero en ese momento se dio cuenta de que no era gracioso, sino conmovedor; incluso encantador.

Charlie se detuvo.

—El tuyo es mejor —dijo con una dolorosa sonrisa.

Jaime sintió una puñalada de placer.

—Entonces, ¿cómo es que tú hayas sacado un sobresaliente y yo un notable? —preguntó, deseando no haberlo hecho.

—Ni zorra idea —dijo él, encogiéndose de hombros.

—Bueno, al menos no hemos suspendido —dijo Jaime.

—¿Quieres venir a mi casa? —preguntó él, mirándola a la cara y por una vez sin sonreír.

Era el momento que ella había estado esperando todo el semestre. El paso, por fin. Ella lo rechazaría con amabilidad. Al fin y al cabo, a él le había gustado su examen.

—Bueno, claro —se oyó decir—. ¿Dónde vives?

2

Charlie vivía en North Beach, en Genoa Place, entre Union y Green, hacia la mitad de la subida a Telegraph Hill. El apartamento era pequeño: dos cuartos separados por un tabique bajo con dos ventanas grandes que daban al callejón. Aun así, la vista era bonita. Cada uno de los apartamentos del otro lado de la calle estaba pintado de un tono pastel diferente y se veía un buen pedazo de cielo azul brillante si no había niebla. A finales de 1958, cuando Charlie se había mudado allí, el apartamento estaba hecho un desastre. El antiguo inquilino era un camello de anfetaminas. La casa olía a col china rancia y a cañerías que gotean. El aseo estaba inmundo y nadie había limpiado las paredes ni debajo del lavabo en años. El apartamento estaba cubierto de capas de viejo papel pintado hecho trizas, salpicaduras de pintura, comida reseca y otras cosas que Charlie no logró identificar. Contaban que el camello de anfetaminas se había suicidado con barbitúricos. Se tumbó boca abajo en su colchón viejo y apestoso esperando morir, pero un par de conocidos del Hot Dog Palace de Columbus llamaron a la puerta y, cuando nadie respondió, forzaron la cerradura con un destornillador. Esperaban encontrar anfetaminas, pero en lugar de eso se encontraron con el camello, que apenas respiraba. Según decían, saquearon la casa de todos modos y encontraron el alijo, material y todo lo demás. Se chutaron allí mismo y, como gesto humanitario, le inyectaron *speed* en el brazo al camello. El tipo se despertó después y vio que su alijo había desaparecido y una larga nota explicativa escrita en una bolsa de papel.

Después de deshacerse de la basura del camello, Charlie fregó el suelo y las paredes, rascó y repintó las planchas de madera, eliminó la pintura de los muebles y arrancó el papel pintado. Pasó tres días limpiando el horno y la pequeña nevera. Barnizó la madera y blanqueó el yeso. La casa empezó a adquirir un aspecto y un olor maravillosos. Compró un catre y un colchón del almacén de excedentes del ejército en Stockton y enseres de cocina en el Figone Hardware, en Grant Avenue. Vació su maleta de cartón, desenrolló su saco de dormir sobre el colchón, desempaquetó sus libros y los puso en cajas de naranjas. Se sintió en casa. El camello de anfetaminas al final había conseguido suicidarse yendo a Land's End después de hincharse a barbitúricos y sentándose a contemplar el océano hasta que se desmayó. Cuando encontraron el cuerpo, tenía el número de teléfono del depósito de cadáveres de la ciudad en el bolsillo.

El coche de Charlie era un De Soto de 1940 de color gris pálido. Aunque medio oxidado, no dejaba de ser un coche antiguo bueno y fiable. Él y Jaime pasaron el trayecto de veinte minutos desde la Universidad Estatal a North Beach hablando de la facultad. Todo muy inocente. Charlie aparcó en Union, nada más cruzar Grant. Se preguntó si debía rodear el coche y abrirle la puerta a Jaime, que había permanecido espantosamente callada durante el trayecto. Charlie había intentado apremiarla con un montón de frases ingeniosas, y ahora que estaban en North Beach se preguntó por qué la había invitado. Porque era guapísima, por eso. Charlie sonrió de la manera más inocente que pudo.

—Bueno, ya hemos llegado —dijo.

—Creo que es mejor que me vaya a casa —dijo ella en voz baja.

Charlie se sintió aliviado. No quería seducir a una pobre niña de diecinueve años si ella no deseaba ser seducida.

—¿Dónde vives? —preguntó Charlie.

—En Washington, cerca de Fillmore —dijo ella—. Puedo coger el autobús.

—No —dijo él—. Ahora estamos aquí, tomamos una taza de té y luego te llevaré a casa.

Ella no dijo nada, así que Charlie bajó del De Soto y lo rodeó para abrirle la puerta. Sus ojos se encontraron cuando ella bajó del coche. Los de Jaime eran grandes y azules, del color del cielo. Lo miraron sin alterarse, con inteligencia, de una forma casi especulativa.

—Hola —le dijo a esos ojos.

—Hola —respondió ella.

Charlie la besó con delicadeza.

—Vamos, es al final del callejón.

—Dejaré mis cosas en tu coche.

Caminaron uno junto al otro por el callejón estrecho y empinado.

A Jaime le gustó el apartamento de Charlie. Había esperado —temido— un piso pequeño y desordenado, pero se encontró con la celda de un monje. No había fotos en la paredes ni pósteres magníficos o fotografías, sólo una pared de libros. Había un catre, con una manta marrón del ejército debajo del saco de dormir con la cremallera bien cerrada, y también una mesa sencilla y una silla vieja de madera, obviamente el rincón donde Charlie escribía, con una caja de cartón debajo llena de hojas manuscritas. En el tabique bajo que separaba las habitaciones había un viejo despertador de plomo ruidoso y un vaso de agua con algunas hojas y capuchinas frescas.

—Vaya, me encanta —dijo Jaime—. ¿Cuánto pagas?

—Cuarenta y cinco al mes —respondió él. Pasó por la puerta de arco que daba a la cocina—. ¿Quieres té? Tengo Lipton o té verde japonés.

—Lipton está bien.

No había sitio donde sentarse salvo en esa mesita. O podía simplemente desnudarse y tumbarse en la cama. Él saldría y la encontraría desnuda. ¡Sorpresa! En realidad, no

tenía ninguna intención de acostarse con él, al menos ese día. Charlie no parecía la clase de hombre que la agarraría por la fuerza. Se sentía a salvo. Se acercó a los libros.

—Tienes buenos libros —le dijo en voz alta.

—Casi todos son de McDonald's —dijo él—. ¿Conoces el sitio? ¿En Turk Street?

—¿En el Tenderloin?

Charlie salió con lo necesario para servir el té, una tetera de latón y dos tacitas japonesas de terracota.

—Es la mejor librería de viejo de la ciudad. Tienen miles de libros, y allí nadie conoce el valor de nada. Hemingway, cincuenta centavos; Melville, cincuenta centavos; Norman Vincent Peale, cincuenta centavos. Todo vale cincuenta centavos para esos tíos.

Se tomaron el té y hablaron de libros. Charlie tenía una radio pequeña en la cocina y la encendió. Un jazz tranquilo impregnó el aire, y Jaime se relajó. Mientras hablaban, ella esperaba que él diera el paso. Se preguntó si sería bueno seduciendo a chicas. Eso esperaba, porque ella era tímida. Al menos pensaba que lo era. Se sentía un poco cohibida en ese momento. Esperando. Su novio, que se llamaba Bill Savor, ya no la atraía. Era un novio por omisión. No había similitudes entre Bill Savor y Charlie Monel. Bill era estudiante, pero no estaba en el programa de Lenguaje Artístico, aunque quería ser escritor. Había preferido especializarse en Educación, porque de esa manera tendría un certificado para dar clases en los primeros cursos de la facultad que lo ayudaría a mantenerse. Y cuando uno tenía cómo mantenerse, sin duda era cuando se caía. Al cuerno con eso. O todo o nada. Más como Charlie. ¿O estaba revisitando a Charlie de romanticismo?

—¿Eres romántico o realista? —le preguntó abruptamente.

—¿Respecto a qué?

—Mi novio es realista.

—Si tienes novio, quizá sería mejor que te fueras —dijo Charlie.

Pero no tenía cara de que quisiera que ella se marchara. Sólo se estaba marcando un farol, nada más.

—No, bueno, es escritor, pero, en fin, no cree que pueda ganar dinero con eso, así que está estudiando para ser maestro.

Bla, bla, bla. Se estaba poniendo colorada, estaba segura. ¿Cuándo iba a seducirla Charlie? ¿Nunca?

—¿Por qué te preocupa tanto eso? —le preguntó él. Era como si se hubiera metido en sus pensamientos.

—¿Qué quieres decir?

—No voy a seducirte —dijo—. Si te gusta, podemos desnudarnos e ir a la cama. Nadie tiene que seducir a nadie. —Sonrió y dio un sorbo a su té.

Ella también sonrió, apretando los dedos en el regazo.

—Yo también me siento así —dijo—. Bueno, supongo que será mejor que me vaya a casa. Cogeré el autobús, ahora estás muy cómodo en casa.

—No, te llevaré.

—Es mejor que no pierdas el sitio. Sé lo difícil que es aparcar en North Beach. Es que venimos aquí los fines de semana. Pasamos la mitad de la noche dando vueltas para encontrar un sitio para aparcar...

Charlie la escuchó divagar y se preguntó por qué no la agarraba. Pero no lo hizo. Se levantó, tomó las manos de ella en las suyas, miró aquellos enormes ojos azules y le dijo que la llevaría a casa. ¿Vio decepción? No estaba seguro.

3

Después de North Beach, la casa familiar de Jaime en la parte baja de Pacific Heights parecía sosa y de clase media, acartonada. La casa en sí era preciosa. A ella le encantaba. Era una de esas construcciones de carpintería victoriana con una falsa fachada ornamentada, ventanas en saliente que exhibían un montón de cortinas blancas de encaje, falsas columnas dóricas a ambos lados del pequeño porche delantero en lo alto de un tramo de falsos escalones de madera. La casa estaba pintada de amarillo pálido y todas las molduras, columnas y espaldares a ambos lados de los escalones estaban pintados de blanco. Crecían rosas rojas en los espaldares y lirios de agua llenaban los arriates junto a la casa, detrás de un pequeño trozo de césped descuidado. La construcción se hallaba en una manzana de medio respetables viviendas de dos plantas, algunas de ellas divididas en pequeños apartamentos pero todas bien conservadas, detrás de una franja de plazas de aparcamiento bajo grandes eucaliptos de hojas grandes y flores rojas. Jaime había vivido allí toda la vida salvo el primer año, cuando residía en Sunset, lo cual no recordaba. Y durante la mayor parte de su vida había deseado con deslealtad que la fortuna de la familia aumentara lo suficiente para que se mudaran al norte, a lo alto de la colina, a Pacific Heights propiamente dicho, donde vivían los ricos de verdad.

Sin embargo, su padre, su pobre, viejo y borracho padre, trabajaba de periodista en el *San Francisco Chronicle*, y cuando Jaime creció y empezó a comprender la vida, también empezó a entender que su familia nunca se muda-